

COSMIN F. STIRCESCU

LEYENDAS DE ERODHAR

1

La Vara de Argoroth



éride ediciones

A la venta en Abril de 2014

PRÓLOGO

UN OSCURO RITUAL

Los rayos del sol asomaban entre una vorágine de nubes blancas y negras, otorgándole al horizonte un precioso tono anaranjado sobre un fondo grisáceo.

La pálida mañana iba cobrando vida poco a poco, iluminando débilmente el amplio y rocoso valle, rodeado por montañas, praderas, bosques y riachuelos congelados, que se extendían sobre leguas y leguas de terreno escarpado hasta perderse de vista. La nieve había caído en abundancia durante la noche, cubriendo las copas de los árboles y las colinas colindantes con una espesa capa blanca que brillaba intensamente a raíz de los escasos rayos de sol que se colaban entre las nubes. Entre los pinos soldado, los sauces de amplia y generosa corona y los gigantescos robles, siempre vigilantes, se podía vislumbrar la única edificación existente en cientos de leguas a la redonda; alta, imponente, dominante, la fortaleza se alzaba como un centinela de piedra maciza, encargado de vigilar el paisaje solitario y lúgubre de la región desde hacía milenios, mientras sus numerosas torres y torreones arañan el vientre del cielo.

El castillo negro de Rhungvald era tan antiguo como las rocas de pedernal que formaban el peñasco sobre el que descansaba; pero a pesar del paso del tiempo y la erosión, seguía siendo tan magnífico como en los primeros días tras su construcción, y tan robusto como la montaña hacia la que miraba. Sus edificadores lo habían levantado en la parte más alta del peñasco, al borde de un abismo profundo y vertiginoso, cuyo fondo estaba sumido en total oscuridad; aunque se podían escuchar, lejanas, las aguas susurrantes de un torrente que se deslizaba entre las rocas. Salvo por el río, el silbido constante del viento, que azotaba los árboles día tras día sin piedad, y el chascar de las aves carroñeras que sobrevolaban la zona, la marca de Rhungvald estaba sumida en completo silencio y tranquilidad.

Aquel paisaje fantasmagórico podría haber puesto la carne de gallina al más valiente de los hombres; sin embargo, en lo alto del torreón más grande del castillo, tras el cristal pintado con flores de hielo de un gran ventanal cuadrangular con arco en punta, un hombre admiraba el paisaje y la extensión de sus dominios.

«El amanecer de otro día lúgubre, pero perfecto», se dijo Valanor mientras miraba ensimismado al horizonte. Era un hombre alto y delgado, con un rostro peculiar, vagamente visible tras el cristal congelado de la ventana. Debajo de sus pupilas, totalmente dilatadas y ennegrecidas, asomaban una nariz puntiaguda y unos labios muy finos de color carmesí; eran tan finos que parecían capaces de cortar la carne con la misma precisión de un cuchillo.

El hechicero vestía una andrajosa túnica color oscuro, casi tan oscuro como su larga y espesa melena, de la que sobresalían un par de orejas puntiagudas. La piel de su rostro era tan pálida como la nieve que se había acumulado en el alfeizar de la ventana, aunque debido al frío helador que hacía en aquella estancia del torreón más grande del castillo, en sus pómulos asomaba un tenue color rojizo.

Había perdido la noción del tiempo que llevaba allí, de pie, mirando su propio reflejo en el cristal congelado de la ventana, o escudriñando el horizonte y el paisaje que rodeaba el castillo. Había perdido la noción del tiempo que llevaba esperando, aguardando. Había perdido...

Haciendo caso omiso de su cuerpo, su mente había viajado una y otra vez por los largos y numerosos senderos de su pasado. Un laberinto cargado con miles de imágenes y recuerdos, que le habían asolado una y otra vez. Miles de figuras y rostros, hace mucho olvidados, y que, sin embargo, cada vez tenía más presentes en la mente. La hora se acercaba, lo sabía, lo sentía, y por eso tenía que recordar. Los recuerdos le hacían más fuerte, alimentaban su poder, alimentaban su odio y alimentaban su magia.

Cada vez que rememoraba su pasado y sus días de gloria, sentía un terrible ardor en lo más profundo de su estómago, y su odio hacía todos esos individuos sin rostro, hace siglos enterrados, crecía sin parar. Habían pasado casi mil quinientos años desde que perdió la guerra conocida en todo Erodhar como la Guerra de los Titanes; la más grande y sangrienta desde el inicio de los tiempos de la Segunda Edad. En aquel entonces su poder era supremo, su ejército numeroso, y era capaz de vencer a cualquier enemigo que se presentaba en su camino. Y así lo había hecho. Así había ganado cada batalla, cada escaramuza, cada enfrentamiento, hasta que llegó el momento de la contienda final. El momento en el que toda su vida cambió. Y no fue para mejor.

Frente a los gigantescos muros de Lumenor, la ciudad-reino de los serafines, guardianes del mundo y defensores de la paz, su ejército desplegaba doscientas mil unidades, formado por seres de todas las razas conocidas: hombres, brujos, orcos, bestias, *no-muertos*, hasta elfos desterrados por los de su raza. Todos dispuestos a morir por él; todos dispuestos a seguirle hasta el mismísimo final. «Hasta el final», recordó.

El enemigo también contaba con una hueste numerosa, pues todos los reinos norteños de Thaldorim y Norgherland se habían unido bajo una única bandera, para detener las fuerzas del brujo más temido y odiado de la historia. O como lo solían llamar por aquel entonces: Valanor *el Nigromante*.

Todo comenzó tras la caída del ocaso, en un gélido día de finales de año. El choque de las dos fuerzas fue brutal, y el fragor de la batalla duró tres días, con sus noches, sus nevadas, ventiscas y todo. Durante la primera noche y la mañana del primer día, las fuerzas de Valanor rompieron la principal línea defensiva del enemigo, obligándolos a retroceder tras los muros de Lumenor. Altos e imponentes, se decía de ellos que eran impenetrables; sin embargo, Valanor había formado una alianza con Reghorn, el dragón negro cuyo aliento era capaz de fundir hasta las rocas más resistentes, incluso aquellas impregnadas de magia ancestral, como las que habían levantado los serafines para proteger su ciudad.

Reghorn abrió brecha en el muro con sus llamas, y destrozó el portón principal, permitiendo así a las fuerzas de Valanor penetrar en la ciudad. Al tercer día, al alba, la ciudad estaba en ruinas, el ejército de los reinos aliados quebrado, y la victoria del *Nigromante* estaba próxima. Por desgracia, el curso de la batalla y de la guerra cambió cuando hizo su llegada triunfante el gran paladín de la época, Roland Silwind, del linaje de Thorwyn, al frente de un ejército de diez mil caballeros de la luz. A lomos de su corcel blanco y empuñando la legendaria espada mágica de Thorwyn, Roland y su

ejército cayeron como flechas sobre la horda de Valanor, destruyendo por completo las huestes del *Nigromante*. Al ver que la derrota estaba asegurada, Reghorn abandonó a Valanor a su suerte, y los enemigos lo capturaron frente al *Bastión de la Luz*, el alcázar de los serafines. Todo por lo que había luchado, todo cuanto había sacrificado, todo cuanto había conseguido, estaba perdido. «Todo», se dijo apretando los puños. «Absolutamente todo.»

Sus soldados habían muerto o fueron capturados, pero el castigo que Valanor sufrió fue aún peor, y en más de una ocasión pensó que la muerte habría sido mil veces mejor. Gwendolyn, la reina de los serafines, exigió su cabeza en pago a los cientos de miles de individuos de su raza que perecieron en la batalla, pero Roland se negó, afirmando que el brujo debía ser juzgado en presencia de los doce grandes y sabios magos que formaban el *Concilio Blanco* de Alto Avlen. Así que lo llevaron hasta la ciudad-reino de los magos, construida en lo alto de las cataratas de Río Alto, donde los señores de la magia lo juzgaron en un juicio que nunca antes se llevó a cabo hasta ese momento.

Los *doce*, liderados por el archimago supremo Balgruuf Godfaith, lo acusaron de genocidio y de sumir el mundo entero en la oscuridad y la destrucción, suficientes motivos para satisfacer a lady Gwendolyn y cortarle la cabeza; pero, para sorpresa del *Nigromante*, el *Concilio Blanco* decidió que la muerte no era un castigo suficiente para compensar todo el mal que había hecho en el mundo. «Merece un castigo ejemplar», recordó escuchar decir a Godfaith durante el juicio. Y un castigo ejemplar fue lo que recibió, pues le condenaron a sufrir una de las penitencias más terribles y dolorosas que existía para un mago: el ritual *Guur Urktar*, o la escisión del alma, que le despojaría de todos sus poderes y del don de la larga vida, concedido por los dioses a los magos.

El *Guur Urktar* sólo se había practicado una sola vez en toda la historia de Erodhar, pues el único modo de llevar a cabo el ritual y provocar una fisura permanente en el alma del condenado, era mediante un proceso largo y doloroso. «Muy doloroso...»

Los *doce* en persona hicieron los honores. El dolor que Valanor sintió fue indescriptible, una agonía que nunca creyó que sería capaz de experimentar; e incluso a día de hoy, recordaba aquello con terror y espanto. Cuando todo terminó, cuando las varas de los *doce* dejaron de brillar, su alma quedó reducida a algo menos que nada. Sus poderes habían desaparecido, y eso era como estar desnudo, incompleto, indefenso...

Tras recibir el castigo, Valanor el *Destrozado*, como le nombraron a modo de burla, fue puesto en libertad, pues ya no representaba un peligro. Ni siquiera se molestaron en vigilarle. Simplemente le permitieron marchar, para vagar por los confines más lejanos y oscuros de Erodhar, a merced de una muerte lenta y dolorosa. Una muerte que, sin embargo, nunca llegó...

Tal vez el ritual no funcionó como los doce habían planeado, o tal vez en su interior había algún poder más allá del de un mero mortal. Nunca supo cuál fue la razón, pero, cuando vio que la muerte no venía a buscarle, empezó sentir esperanza. Esperanza de que algún día podría recuperar lo que perdió.

Después de varios meses, quizás años, vagando de un lado a otro, encontró refugio en el castillo abandonado de Rhungvald, situado en las lejanas Tierras del Amanecer, en el este de Thaldorim, más allá de las presas oscuras de Argoroth, y al

sureste de las Tierras Altas de Modgard. Allí permaneció oculto, expectante, consumido por el odio y los deseos de venganza. Venganza que, tras casi mil cuatrocientos cincuenta años de espera, al fin estaba preparado para alcanzar.

—Al fin... —murmuró entrecerrando los ojos.

El sentimiento de impaciencia estaba palpitando moleestamente en el interior de su estómago, como si fuera un mosquito que no paraba de incordiarle. Se había apoderado de él durante la noche, y lo había torturado mientras la espera y el insomnio se hacían cada vez más largos e insoportables. La ira, el odio, la rabia..., la ira otra vez... Esos sentimientos fueron su única compañía durante mucho, mucho tiempo, consumiéndole por dentro como una lombriz consumiría una manzana podrida. Y ahora podía sentirlos todos a la vez, con más intensidad conforme el ocaso desaparecía para dar paso al amanecer de un nuevo día. Uno oscuro, como había sido gran parte de su vida.

Los muros de la estancia en la que se encontraba estaban fríos, desnudos y llenos de manchas. Seguramente habían pasado siglos desde la última vez que alguien subió hasta allí arriba, así que los pocos muebles que había allí estaban cubiertos por una gruesa capa de polvo. La cama no era más que un lecho sencillo con un colchón relleno de paja, un par de mantas de lana comidas por las polillas y una almohada ennegrecida por el paso del tiempo y el moho. En la chimenea hacía mucho tiempo que nadie encendía un fuego, y en el lugar de la lumbre había un escudo de armas roto, seguramente perteneciente a la familia de nobles que había vivido en Rhungvald en el pasado. Por desgracia estaba demasiado desgastado como para reconocer algo del dibujo que formaba el blasón.

«En otros tiempos, ésta seguramente fue la estancia privada de algún rey», se dijo Valanor pensativo, «o de sus hijos, o de sus hermanas, o de sus amantes...»

La puerta de la habitación estaba cerrada y, aunque el hechicero le daba la espalda, sus orejas estaban atentas para captar cualquier sonido que le indicara que alguien se acercaba por el pasillo. Había encargado a sus esclavos goblin la preparación de las mazmorras para el ritual que tenía planeado llevar a cabo aquel día. Un ritual para recuperar el poder de antaño, y así poder vengarse de los descendientes de aquellos que le hirieron y le desterraron casi mil quinientos años atrás.

«De un momento a otro vendrán a avisarme», se decía Valanor inquieto e impaciente. «De un momento a otro.» El problema era que ya estaban tardando demasiado, lo que sólo podía significar que sus esclavos no estaban haciendo bien su trabajo, o no ponían el empeño suficiente para concluir a tiempo. En cualquier caso, no le gustaba en absoluto aquella tardanza. «No puede ser que, llevando cientos de años preparando éste momento y cuidando hasta el menor de los detalles, las cosas se tuerzan por culpa de unos malditos goblin incapaces de seguir mis órdenes.»

Los goblin no destacaban precisamente por su inteligencia o su fuerza, eran más bien criaturas débiles y bastante estúpidas, pero eran las únicas criaturas más inteligentes que los animales salvajes que vivían en las tierras de Rhungvald y que Valanor había podido engatusar para que fueran sus siervos. Un puñado de goblins y un ogro obeso llamado Ghergro, cuya única responsabilidad era la de vigilarlos y azotarlos

para no dormirse en los laureles. Por desgracia, el ogro se pasaba el día borracho, bebiendo hidromiel o durmiendo en las mazmorras.

«Tal vez debería haber supervisado los preparativos en persona», reflexionó de repente. Aunque había dado instrucciones precisas a sus siervos de cómo debían preparar la mazmorra para el ritual, siempre cabía la posibilidad de que cometan algún error, sobre todo con el estúpido ogro encargado de asegurarse que hacen bien su trabajo. Los goblins habían aprendido a tenerle miedo a Ghergro y a su látigo; pero si estaba borracho, normalmente no se enteraba de nada de lo que pasaba a su alrededor.

«Si está borracho lo mataré», pensó Valanor de repente. «Lo haré pedazos, aunque eso me cueste perder todo lo que he conseguido hasta ahora.» Aunque Valanor había conseguido recuperar suficiente magia y energía para llevar a cabo el ritual, estaba muy lejos de poseer la plenitud de sus poderes, así que tenía que apreciar cada gota de magia de la que disponía como si fuera su propia vida, y no desperdiciarla en realizar conjuros inútiles.

Sus oídos captaron de repente el sonido de unas pisadas, y pocos instantes después la puerta de roble de la estancia se abrió bruscamente a su espalda. El hedor fétido que desprendía la criatura situada de pie en el umbral llenó la habitación en cuestión de segundos. Ghergro era como la mayoría de los ogros: alto, musculoso, con una cara deforme y ruda que, de no ser por la seriedad de su rostro, podría parecer incluso cómica. Siempre iba vestido con unos harapos mugrientos y desaliñados, demasiado pequeños para cubrir algo más que sus vergüenzas.

La presencia del ogro, aunque imposible de ignorar por culpa del hedor que desprendía, no había perturbado en absoluto a Valanor, quien seguía mirando fijamente hacia el exterior del castillo.

El ogro aguardó unos instantes antes de mover los labios y hablarle a su amo con una voz fría y temblorosa.

—Mi señor... Todo está... preparado.

«¡Por fin!», pensó Valanor. Sus labios delgados y rojizos esbozaron una pequeña y malévolamente sonrisa. «La espera ha terminado; al fin podré recuperar todo mi poder y retomar mi vida de antes, a partir del momento en el que me la arrebataron.»

—Coge el libro, Ghergro —le ordenó con frialdad a su siervo, señalando un enorme tomo de cuero negro que descansaba encima de la única mesita que había al lado de la cama. Desde que había encontrado ese tomo, no se separó en ningún momento de él, lo llevaba a todas partes; hasta cuando dormía lo colocaba bajo la almohada, para asegurarse que nadie se lo robaba.

El ogro obedeció inmediatamente las órdenes de su señor y colocó sus enormes y deformes manos entorno al tomo. Era grande y voluminoso, y, como seguramente descubrió Ghergro al cogerlo, muy pesado. Sobre la tapa, justo en el medio, había incrustado en la cubierta un medallón metálico laqueado en oro. El artesano de aquel libro había tallado el rostro grotesco y aterrador de un demonio en la superficie del medallón, mientras que en el borde de la circunferencia había incrustadas pequeñas runas antiguas, símbolos de un idioma ancestral que Valanor había aprendido en su juventud.

«El antiguo Tylisio fue el idioma del poder, de la magia y de las primeras civilizaciones», se dijo mientras se dirigía a la puerta para abandonar la estancia. «Ahora será lo que me devolverá mi antigua vida.»

Ghergro se colocó el libro bajo su brazo derecho y abandonó la estancia precedido por su señor. Juntos recorrieron en silencio los pasillos lúgubres y oscuros del castillo; pasillos que tantas veces había recorrido durante los mil cuatrocientos años que estuvo obligado a permanecer allí encerrado; pasillos que conocía como la palma de la mano y que, aun así, en ese momento le parecieron eternos.

Tras bajar la larga escalinata con forma de caracol por la que había subido hasta el último piso de la torre, torcer un par de veces a la izquierda de un pasillo lúgubre y sin ventanas, bajar más escalones, recorrer más pasillos sin ventanas, y de nuevo bajar escalones, finalmente alcanzaron un pequeño atrio rectangular, en cuyo extremo más alejado había una puerta doble, con remaches de hierro oxidado. El ogro fue el que la abrió, empujándola con su grueso brazo, y después se adentró torpemente en la estancia. Valanor, sin embargo, se detuvo unos instantes en el umbral, para admirar la mazmorra que había elegido para llevar a cabo el ritual. Si había algo que sobraba en aquel castillo, eran salones amplios y cómodos, grandes estancias y salas de reuniones; sin embargo, lo que él necesitaba era una mazmorra. Afortunadamente el castillo también gozaba de un gran número de calabozos, que el constructor había cavado bajo sus cimientos, de modo que Valanor no tuvo ningún problema en encontrar el lugar perfecto para lo que estaba a punto de invocar.

«Aquí podré contenerlo», se dijo mientras admiraba la mazmorra. «Aquí podré dominarlo.» Se trataba de una sala grande, cuadrangular, de techo tan alto como el de un santuario. No había ventanas, así que las antorchas colocadas en soportes de hierro enganchados en las paredes, y las velas que flotaban en el aire, dispersas por toda la sala, eran la única fuente de luz. En el otro extremo de la sala, justo delante de la puerta, había una gran chimenea de piedra, con rostros grotescos y demoníacos esculpidos a lo largo de la repisa. En su interior ardía un fuego potente y vivaz, cuyo crepitar era el único sonido que se escuchaba en ese momento en la estancia.

A ambos lados de la sala había grandes estanterías polvorientas, que antaño seguramente estuvieron repletas de libros y utensilios de tortura, en vez de mugre y telarañas, así como diversos tapices tan antiguos como el castillo, que Valanor ordenó colocar para decorar las paredes frías y ennegrecidas de la mazmorra. Los esclavos goblin estaban en el centro de la sala. Eran cuatro hombrecillos delgaduchos y muy pálidos. Sus cabezas eran pequeñas y sin pelo. Al igual que Ghergro, vestían harapos mugrientos y malolientes, hechos jirones de tanto usarlos. Sus pies descalzos tenían un tamaño considerablemente grande en comparación con sus diminutos cuerpos, y en los brazos llevaban marcas cicatrizadas de latigazos, que se habían ganado por desobedecer las órdenes de su amo.

Sus rostros deformes y repugnantes reflejaron terror cuando notaron la presencia de Valanor en la sala. Eso le complació. «Hubo un tiempo en el que era capaz de provocar esta clase de reacción en reyes, magos y señores de castillos por igual», recordó sonriente mientras se adentraba en la sala. «Cada vez que me veían echaban a

temblar. Si vuelvo a recuperar mi poder, recuperaré también la satisfacción que provoca infundir de ese modo el miedo en la gente.»

Los goblins se retiraron a un lateral de la sala, con las miradas clavadas en sus propios pies, para dejar a Valanor estudiar lo que habían construido. Se trataba de un altar con un gran arco de piedra encima. Alrededor había velas de aproximadamente una vara de altura, colocadas de manera simétrica, una respecto a la otra, formando cada una de ellas los ángulos de una gran estrella de nueve puntas.

«Todo parece estar en orden», pensó Valanor. «Tal y como les ordené.» Sentía alivio en ese aspecto. Muchas eran las cosas que podían salir mal, si los preparativos no se hacían de manera correcta. Por suerte no era el caso. Todo estaba colocado en su sitio.

Satisfecho con que esa parte del plan hubiera salido bien, Valanor se dirigió hacía el extremo derecho de la sala, donde le esperaba una pequeña mesa de madera pintada, sobre la cual Ghergro había depositado el libro, y que vista de lejos, parecía el mostrador desde el cual alguien daría un discurso.

«Será un discurso», pensó Valanor mientras se posicionaba tras la mesa, mirando hacía el arco de piedra, «pero de hechizos y conjuros». Sus pálidas manos empezaron a acariciar el lomo y la cubierta del libro. Quería sentir el roce de la piel sobre la tapa dura de cuero; saborear ese momento al máximo; a fin de cuentas, para él representaba la culminación de un duro trabajo llevado a cabo a lo largo de siglos y siglos de exhaustiva preparación. Cuando se hubo satisfecho, puso su dedo índice en el rostro del demonio tallado en la superficie del medallón. Su uña rasgó la superficie de metal, y sus labios pronunciaron unas palabras apenas audibles, en un idioma desconocido para los demás, pero no para él. Al instante la cerradura del libro se abrió con un sonoro *clic*, y Valanor reveló el interior.

Las páginas presentaban un alto estado de degradación; aun así, todos los símbolos y las runas que había allí escritas eran perfectamente legibles.

«Elementales de fuego, quimeras de las sombras, demonios menores...», leyó Valanor para sus adentros mientras pasaba, una a una, las páginas amarillentas. Aunque en el tomo las palabras estaban escritas en antiguo tylisio, en su cabeza las leía en la lengua común.

Finalmente, cuando alcanzó la página que buscaba, se paró y leyó en voz baja:

—Demonios del Agrathor. Invocaciones.

Su dedo índice se había parado sobre el dibujo de un demonio alado. Alrededor de la figura había montones de garabatos rúnicos, así como indicaciones escritas a mano por antiguos poseedores de aquel libro, advirtiendo sobre la peligrosidad que tenía llevar a cabo cualquiera de esos hechizos y conjuros.

Haciendo caso omiso de todas las advertencias, Valanor empezó a leer las instrucciones sobre cómo invocar al demonio. Había estudiado previamente aquel tipo de magia, y sabía más o menos en qué consistía. «Hay que abrir un portal que conecte este mundo con el Agrathor, el mundo de los muertos», recordó. Según estaba leyendo en el libro, había una serie de pasos que debía seguir para ello, como pagar el precio de la sangre, y después recitar el conjuro como si fuera un poema, palabra a palabra, con claridad y firmeza en la voz. Lo más importante era que el conjuro tenía que recitarlo en

antiguo tylisio, de lo contrario no surtiría efecto; y que al abrir el portal provocaría una fisura, una brecha entre Agrathor y Erodhar, que debía contener mediante la magia para que no se extendiera y conectara los dos mundos para siempre. Por esa razón había ordenado a sus esclavos la construcción del arco de piedra, pues en su interior podía contener la brecha e impedir que se hiciera más grande de lo estrictamente necesario para invocar al demonio.

Una vez leídas y comprendidas todas las instrucciones, Valanor se dispuso a iniciar el ritual.

«Allá vamos...», se dijo, alzando la mano derecha con el puño cerrado. Haciendo uso de todas sus fuerzas, apretó el puño con intensidad, y sintió cómo las largas, afiladas y amarillentas uñas se le clavaban en la palma de la mano. Su pecho subía y bajaba frenéticamente, conforme su ritmo cardíaco crecía a causa de la emoción. Podía notar los hilillos de sangre recorriendo su muñeca y goteando en el suelo, así como el molesto escozor causado por las heridas.

«Es un precio demasiado bajo a pagar, comparado con el poder que obtendré», se dijo a sí mismo mientras abría y cerraba el puño para que la sangre saliera con más intensidad.

Algunas gotas de color escarlata salpicaron las amarillentas páginas del libro, pero tampoco importaba demasiado, pues unas cuantas manchas más no supondrían mucha diferencia. Cuando Valanor sintió el puño empapado de sangre, empezó a leer el conjuro con claridad, alzando la voz poco a poco.

—*Gurasnun 'Dumm Ahe'thari...* —la voz le tembló por unos instantes, pues enseguida aparecieron rayos de color azulado alrededor de la mano; lo que leía estaba surtiendo efecto—. *Aher'thur ahmad hidjun...*—«Los poderes de la oscuridad», se dijo a sí mismo mientras los rayos se fundían con la sangre, convirtiéndose en una diminuta esfera luminosa que iba aumentando de tamaño poco a poco. Aquello le hizo sentir un dolor intenso en la mano, pues el calor de la esfera le estaba quemando la piel—. *Gurasdunum 'Sub ad Umn* —siguió recitando, a pesar del dolor.

El tamaño de la esfera siguió aumentando hasta que duplicó el tamaño del puño de Valanor. El dolor que sentía también aumentó, pues el calor que emanaba la esfera era tal, que la piel de su mano había empezado a quemarse poco a poco. Por unos instantes estuvo tentado de pararlo todo y renunciar a sus sueños, pero no lo hizo. Sabía que no podía detenerse ahora, habiendo llegado tan lejos. Jamás se perdonaría dar marcha atrás por culpa de un mísero dolor en la mano, sobre todo después de haber sobrevivido la terrible aflicción inculcada a su alma por el *Concilio Blanco*, cuando los *doce* le dejaron sin sus poderes.

«Daria gustosamente mi mano entera, si con ello recupero todo el poder», pensó mientras apretaba los dientes. Su rostro, antaño seco, estaba empapado en sudor.

Armándose de valor y manteniendo la voz todo lo firme que le era posible, recitó el final del conjuro:

—¡*Mund'damon, Mund'damun, Mund'daman!*

En cuanto recitó las palabras, la esfera brilló con mayor intensidad, y de su interior empezaron a brotar chispas de distintos colores. Sin pensárselo dos veces, Valanor proyectó la esfera hacia el interior del arco de piedra. Los fuegos de las velas

que rodeaban el altar parpadearon y empezaron a unirse entre ellos, formando rayos de color anaranjado, y de repente era visible la estrella de nueve puntas.

El interior del arco de piedra brilló intensamente, y una cortina de gas transparente apareció de repente. Al otro lado de la cortina podían verse partes de un relieve aterrador: grandes y oscuras montañas de fuego bordeadas por ríos y cascadas de magma; columnas de vapor, tierra calcinada y altas torres de acero negro como la noche.

—Lo logré —musitó Valanor en voz baja; estaba al límite de sus fuerzas. La piel de su mano herida estaba completamente calcinada, así que tuvo que apoyar los codos en la mesa para no caerse. Tenía el rostro empapado en sudor y respiraba con dificultad, pero sus ojos siguieron abiertos a pesar de que parecía estar a punto de desmayarse—. Ya tendré tiempo para descansar más adelante. Ahora es el momento de contemplar mi obra.

Los rayos brillantes de color anaranjado de las velas chocaron con la esfera y la cortina de gas transparente. La colisión hizo que temblaran los cimientos de la sala, pero en medio de esa luz cegadora, algo empezó a tomar forma. Lo primero que apareció fue una cabeza grande, feroz, con largos y afilados cuernos situados a ambos lados de la frente. Después apareció el cuello, el torso, agrietado y rodeado de llamas, y los dos brazos largos y musculosos. En las manos tenía uñas tan afiladas que parecían cuchillas.

«¡Vamos! ¡Sal!», se dijo Valanor. «¡Ven a mí!». Lo siguiente que surgió de la luz brillante fueron su cadera, las piernas, y una larga cola cubierta de escamas. Por último, le crecieron en la espalda dos gigantescas alas, que se extendieron a ambos lados del cuerpo como abanicos de piel translúcida, tensada sobre una estructura de huesos largos y finos.

La esfera dejó de brillar y la cortina de gas transparente desapareció. La sala se sumió en el más absoluto silencio. El demonio yacía inmóvil en medio del arco de piedra, tan alto como un gigante y tan fiero como un dragón. Su cuerpo estaba rodeado de llamas rojas, anaranjadas y doradas. Desprendía tal calor, que podía verse en el aire que lo rodeaba.

Ghergro, que estaba al lado de la puerta, miraba al demonio boquiabierto, y los goblin, en el otro extremo de la sala, parecían estar a punto de hacérselo encima. Valanor era el único que admiraba su obra triunfante. Tenía el pecho hinchado de orgullo, y en el rostro mostraba una sonrisa de oreja a oreja; la sonrisa del triunfo.

El demonio, sin embargo, no parecía compartir ninguno de los estados de ánimo presentes en la sala. Sus ojos empezaron a recorrer la estancia de un lado al otro, como si estuviera preguntándose cómo había llegado hasta allí. Se veía extremadamente confuso, pero no asustado. Sus manos colgaban a ambos lados de su cuerpo y yacían inmóviles, inofensivas; pero Valanor sabía que cuando llegara la hora de luchar, aquellos brazos musculosos y rodeados de llamas se convertirían en las armas más poderosas y peligrosas que podían existir. Eso y el ejército de *no-muertos* que iba a conseguir, pues esa había sido la parte más importante de su plan. Los demonios del Agrathor eran los señores del mundo de los espíritus y, por tanto, poseían el poder para levantar a los muertos y hacerlos luchar para él. De modo que la primera orden que le

daría sería que le proporcionase un ejército numeroso con el que marchar sobre los cinco continentes conocidos de Erodhar.

Mientras Valanor admiraba el resultado de su obra maestra, los ojos del demonio se posaron al fin en él.

—Bienvenido al mundo de los mortales —dijo el hechicero sonriente—. Te he invocado, y has de someterte a mi voluntad. Soy tu señor.

Aunque el demonio no habló, a Valanor no le gustó en absoluto la expresión de su rostro. Era como si le estuviera atravesando con la mirada, reflexionando sobre el modo que debería emplear para matarle.

«¿Es posible que algo no haya funcionado bien?», se preguntó preocupado. «¿Por qué no me obedece?».

—Soy Valanor... —quiso hablarle por segunda vez, pero fue interrumpido por el terrible rugido del demonio.

—¡RRRRRRRRRRRAAAAAAAAAAAAAARRRRRRRRRRGGGGGGHHHHHH!

Fue tan espantoso y estrepitoso que las paredes de la sala temblaron. Las llamas que rodeaban su cuerpo ardieron con mucha más intensidad, como si de la erupción de un volcán se tratase, y cuando extendió las alas y planeó hasta el lugar donde estaban los cuatro goblins, lo hizo a tal velocidad que lo único que Valanor alcanzó ver fue sus cuerpos diminutos siendo aplastados de un solo golpe. Al ver aquello, Ghergro abrió la puerta y salió corriendo de la sala. Valanor le siguió con la mirada durante unos instantes, hasta que vio al demonio acercándose paso a paso a él.

—¡Alto! —Le gritó desesperado, mientras retrocedía hacia atrás—. ¡Detente! ¡Te he invocado y me debes lealtad! ¡Sométete a mi voluntad! ¡*Morghor'ghraas!*

Si había tenido la esperanza de que el demonio le hiciera caso, quedó totalmente decepcionado, pues la bestia parecía estar fuera de control, dejando escapar la ira por cada una de las escamas que cubría su cuerpo. Sus terribles ojos parecidos a los de un reptil, brillaron y los cuerpos sin vida de los goblin comenzaron a moverse. El golpe que los mató había fracturado cada hueso de sus diminutos y delgaduchos cuerpos, pero cuando se levantaron, con los ojos rojos y desenfocados, la boca abierta y amoratada, parecían estar perfectamente bien.

Al ver aquello, Valanor trató defenderse empleando la magia. Con las pocas gotas de magia que le quedaban en el cuerpo, logró invocar una serie de ráfagas de esferas arcanas que proyectó hacia los goblins, pero el ritual de invocación lo había agotado hasta tal punto que sus ataques apenas fueron capaces de acariciar a los *no-muertos* mientras avanzaban hacia él. Desesperado, Valanor corrió hasta la pared, donde agarró una antorcha y regresó para hacerles frente.

—¡Detenlos! —Le gritó al demonio, pero éste se mantuvo inmóvil—. ¡Te ordeno que los detengas!

Ciego por la ira, Valanor cargó contra los goblin con la antorcha en alto. Su brazo descendió en picado y golpeó con el extremo de la llama a uno de los goblin en el pecho. Las ropas mugrientas se prendieron y las llamas consumieron al pequeño goblin hasta reducirlo a cenizas. Los otros se detuvieron de repente. Valanor aprovechó para golpear a otro más. Al igual que a su compañero, las llamas le engulleron hasta consumirlo del todo.

—¡Atrás! —Gritó Valanor, levantando la antorcha por encima de la cabeza.

Los goblins le obedecieron, pero sólo porque el demonio se lo ordenó. De repente y sin previo aviso, Valanor sintió como sus pies se despegaban del suelo. La mano del demonio le había agarrado por la cintura, para estamparlo contra el muro de la mazmorra. El hechicero ahogó un grito de dolor y empezó a verlo todo borroso. El calor de las llamas que rodeaban el cuerpo del demonio le abrasaba la cara, y su mano le estaba ahogando poco a poco.

—De-ten-te... —murmuró con el último aliento que le quedaba.

Pero el demonio no escuchó sus suplicas. Sus manos apretaron con más fuerza, calvándole las uñas afiladas en la yugular. Un dolor atroz atravesó cada centímetro de su cuerpo, y por unos instantes pudo oír el sonido de sus propios huesos al crujiir ante la presión de la mano del demonio. Entonces la cabeza le empezó a dar vueltas, y todo ante sus ojos quedó sumido en una gran oscuridad.

* * * *

A cientos de leguas distancia, Valiant se despertó en medio de la noche, confundido y empapado en sudor.

«Me ha vuelto a pasar», fue lo primero que se le cruzó por la mente. Tras asegurarse que se encontraba en su habitación y no sumido en una pesadilla, se levantó y, quedándose sentado sobre la cama, empezó a frotarse la cara con las manos, mientras notaba su pulso acelerado y sentía un extraño dolor en el pecho.

«¿Qué me está pasando?», se preguntó preocupado. Su figura era apenas visible en la oscuridad de la habitación, aunque podía escucharse su acelerada y jadeante respiración. «¿Por qué tengo estos sueños?»

Aquella era le enésima vez que se despertaba en medio de la noche por culpa de una pesadilla. Por alguna razón que desconocía, llevaba varios meses teniendo sueños que luego no podía recordar. Y siempre ocurría lo mismo. Se despertaba asustado en medio de la noche, con jaqueca, empapado en sudor y, sobre todo, cansado. La sensación que sentía era la misma que si hubiera corrido una larga distancia. Pero eso no era lo que más le preocupaba; lo que le asustaba de verdad era la sensación de pánico que sentía en el interior de su estómago cada vez que se despertaba. Un miedo atroz que le estaba volviendo loco, pues no sabía exactamente qué era lo que le provocaba tanto pavor.

«Desde luego, no es el dolor de cabeza», se dijo mientras se frotaba la cara de nuevo. Sentía el cerebro abarrotado con demasiada información, y notaba las sienas palpar por culpa del dolor, así que llevó sus dedos hasta allí para masajearlas y aliviar un poco la aflicción. «Tampoco puede ser fruto del cansancio...» Él, dado que era un justador, estaba acostumbrado más que nadie a hacer esfuerzo físico a diario, y en los combates de justa había presenciado dolores mucho más grandes y molestos que el que sentía en ese momento en la cabeza. Se había roto costillas y abierto la cabeza en varias ocasiones, recibido golpes en el torso que le dejaron sin respiración, e incluso una vez fue derribado junto a su caballo, que cayó sobre su pierna derecha. Cuando sintió el hueso romperse, un dolor espantoso recorrió cada centímetro de su cuerpo, y antes de

darse cuenta se había desmayado. Cuando despertó, varios días más tarde, se encontró con la pierna inmovilizada, apenas era capaz de moverla, y un dolor atroz que lo acompañó durante varios meses, hasta que sanó por completo.

«No», se dijo, «el dolor no es lo que provoca el temor y la angustia que siento por dentro, en lo más profundo de mi estómago. Es otra cosa... Algo distinto, sombrío, ajeno a mi entendimiento.» No podía explicar cómo lo sabía, pero estaba seguro que había algo importante en aquellas pesadillas; quizás algo horrible, quizás una advertencia sobre la llegada de algo peligroso... «Sí tan solo pudiera recordar alguna», pensó mortificado mientras volvía a frotarse la cara con las manos. Pero no podía, nunca podía, y eso que se habían estado repitiendo exhaustivamente el mismo tipo de pesadillas, una y otra vez. Al principio fue con poca frecuencia e intensidad, nada preocupante; pero, con el paso del tiempo, las pesadillas fueron apareciendo cada vez más a menudo, y cada vez con más intensidad, dejando atrás un remolino de imágenes borrosas.

—Esta vez ha sido más intensa que nunca —susurró.

Lentamente, pues estaba algo mareado, se levantó de la cama y se acercó a una pequeña mesa, junto a la entrada de la habitación, sobre la que descansaba un cubo lleno de agua. Entonces metió las manos en el interior, y se volvió a frotar la cara para limpiarse el sudor. Su acalorado rostro agradeció la frescura del agua, que incluso alivió un poco el dolor de cabeza que sentía. Después, tras secarse con un paño seco, se dirigió hacia la ventana de la habitación, donde se quedó quieto, admirando el reflejo de la luna, cuya luz bañaba las pavimentadas calles que había frente a su ventana. Entre tanto, se esforzó en recordar algún detalle de la pesadilla que acababa de tener. De algún modo sabía que era la misma, y que se había repetido tantas veces que debería poder descifrar alguna de las imágenes borrosas que tenía en la cabeza. Tan solo tenía que concentrarse e intentar recordar algo; un detalle, por pequeño que sea.

«Los oscuros pasillos», pensó de repente. Aunque no estaba del todo seguro, en ocasiones, cuando despertaba tras un sueño semejante, tenía la sensación de haber vislumbrado los oscuros pasillos de una mazmorra, tal vez el interior de una fortaleza o castillo. Lo malo era que no recordaba haber pisado el interior de ningún castillo en los últimos meses; así que, ¿por qué iba a soñar con lugares en los que nunca había estado?

A parte de eso no recordaba gran cosa, así que tal vez en ésta ocasión, si se concentraba lo suficiente, conseguiría aclarar un poco más alguna de las imágenes que giraban como un remolino borroso dentro de su cabeza.

«Estoy seguro haber visto la silueta de un hombre alto y delgaducho», se dijo mientras lo intentaba vislumbrar. «Estaba recorriendo unos pasillos y... y...» Pero hasta allí era hasta donde llegaban sus recuerdos de esta última pesadilla. Aun así, no lo consideró un fracaso, pues poco a poco se empezaban a rellenar algunos de los huecos que había en blanco, y ahora sabía con total seguridad que no era él el hombre de las pesadillas, pues a sus poco más de veinticinco años de edad, Valiant era un hombre bastante robusto y nervudo, curtido en las innumerables prácticas con la espada y entrenamientos con la lanza para los torneos de justa.

«Su voz», pensó de repente. «Pude escuchar su voz dentro de mi cabeza.» Aquello le asustaba más que ninguna otra cosa. Las palabras de aquel hombre resonaron

con intensidad dentro de su cabeza, como si él hubiera estado presente cuando las dijo. Por desgracia no entendía el significado de lo que había dicho, ya que no era un idioma que conociera o que hubiera escuchado hablar a alguien. Tan sólo había una cosa de la que estaba totalmente seguro, y era que la pesadilla no presagiaba nada bueno. Su padre siempre le había dicho que los sueños en los que aparecen personas desconocidas que hablan en idiomas que su mente no es capaz de entender, son sueños oscuros y muy peligrosos, en los que, indudablemente, hay magia negra de por medio.

—Padre... —murmuró, entrecerrando los ojos. El rostro de Valiant se entristeció repentinamente cuando recordó al hombre que le había dado la vida. Aunque habían pasado ya casi siete años desde que Wendell Wedford murió, no había pasado ni un solo día en el que no se sintiera triste a la vez que culpable, pensando en cómo habría podido ser su vida en esos momentos si su padre siguiera allí, para guiarlo y protegerlo, como había hecho siempre desde que nació. Su madre había muerto tras el parto, de modo que nunca la llegó a conocer. Los únicos recuerdos que tenía de ella eran los que le había contado su padre. Sabía que fue una mujer elfa de belleza y bondad descomunal, típica de las mujeres de su raza; pero por mucho que le hablaran de su forma de ser o de su aspecto físico, no conseguía imaginársela. Durante los años que pasó viviendo en Haddaras, el reino de los elfos, había visitado la tumba de su madre en algunas ocasiones. Estaba situada cerca de un pequeño arroyo en medio del bosque, con flores de bellos colores crecidas alrededor para adornar la lápida. La familia de su madre eran los Reiryn, una antigua casa de druidas espirituales, quienes mandaron tallar en su honor una estatua para adornar la tumba. A pesar de ello, por mucho que Valiant miró aquel rostro de mármol frío, nunca halló el calor maternal que había echado de menos durante toda su infancia. «Y qué aún echo de menos...»

Los primeros rayos de sol, señal de que el amanecer estaba próximo, se colaron por la pequeña ventana de la habitación, iluminando débilmente el rostro de Valiant. Era un joven alto, de complexión rocosa y rasgos físicos típicos de los hombres del sur. Su cabello era de color castaño oscuro no demasiado largo, las cejas arqueadas y delgadas, las pestañas poco pobladas, y en la barbilla lucía una fina perrilla del mismo color que su pelo. La tez la tenía rojiza por las horas de entrenamiento bajo el calor abrasador del sol, lo cual hacía destacar el color gris verdoso de sus ojos, mientras que en el hombro derecho lucía una extraña marca: un fénix rojizo con sus alas extendidas a los lados.

Aunque a simple vista parecía ser un mero tatuaje, en realidad era una marca de nacimiento, pues Valiant la llevaba desde que tenía memoria. Lo más extraño de aquello era que el dibujo estaba, de algún modo, esculpido bajo la piel, y no llevaba rastro de tinta. Cuando le preguntó a su padre por el origen de aquella marca, éste no le dio ninguna respuesta coherente. Tan solo le explicó que algunos hombres nacían luciendo marcas de nacimiento; a veces simples manchas, otras veces dibujos más complejos con formas de animales o antiguos símbolos, y que era responsabilidad de cada uno de esos individuos averiguar el significado y la razón por la que había nacido con esa marca en el cuerpo, pues muchas veces profetizaban el destino que los aguarda.

Aunque seguía sintiendo alguna que otra ligera molestia, sobre todo en las sienes, el dolor en el pecho había cesado casi por completo cuando el cielo empezó a iluminarse. Mientras extendía la mano para abrir la ventana y dejar entrar el aire limpio

y fresco de la mañana, observó en el cristal su propio reflejo, pero por unos instantes no vio su rostro, sino la silueta de aquel hombre misterioso que vislumbró en sueños. ¿Quién era realmente aquella persona? ¿Qué hacía, que decía? Y sobre todo, ¿por qué era a él, entre todos los hombres, a quien atormentaban las pesadillas? Después de meses soñando repetidamente con lo mismo, recordando tan sólo oscuros pasillos sin ventanas, ahora tenía la silueta de ese hombre grabada en la mente. Era una pista, quizás la clave para resolver todo ese misterio, y por mucho que antes deseara que los malos sueños cesaran, ahora sólo quería llegar hasta el fondo de ese asunto.

«Lo cierto es que me pica demasiado la curiosidad por saber el significado de todas esas pesadillas», reflexionó, algo divertido, «así que, más que tratar de evitar tenerlas, lo que tengo que hacer es recordar más detalles cuando los sueños se repitan otra vez. Así podré calmar de una vez por todas la intriga.» En la teoría resultaba sencillo; pero en la práctica...

Agobiado y sintiéndose ligeramente cansado, aunque había dormido unas cuantas horas antes de despertarse, entrecerró los ojos mientras apoyaba la frente en el cristal frío de la ventana. El frescor recorrió su cabeza, aliviando por completo el dolor, relajándole y otorgándole una sensación de paz y tranquilidad. Una paz que terminaría en cuanto la ciudad entera despertase y comenzasen los torneos de esgrima, tiro con arco y, sobre todo, el torneo de justa.

Consciente de que aún era demasiado temprano para abandonar sus aposentos, regresó a la cama para tumbarse, con la intención de dormir unas cuantas horas más, aunque sabía que en ese momento le sería mucho más fácil convertirse en un dragón que volver a conciliar el sueño. Al día siguiente le tocaba pelear en la arena y necesitaba todas las fuerzas que podía reunir, así como tener la mente despejada, ya que aunque los combates a muerte estaban prohibidos, siempre podían ocurrir accidentes si jinete y bestia no estaban totalmente en forma.

Mientras se tumbaba, sus ojos captaron un tenue brillo en el lado derecho de la cama. Los rayos del sol que se colaban por la ventana abierta estaban siendo reflejados por la empuñadura de su espada. *Trueno*, pues así se llamaba, había pertenecido a su padre, y momentos antes de partir para luchar en la guerra en la que perdió su vida, se la regaló como parte de su herencia. Siempre que le hablaba de la espada, Wendell le decía que era sumamente valiosa, pues era una espada especial, que fue forjada miles de años atrás por un herrero que empleó conjuros mágicos para templar el metal. Siempre que se acordaba de las historias que su padre le contaba acerca de *Trueno*, pensaba que, si hubiera tenido la espada con él, tal vez no habría muerto en la guerra.

A pesar de todo, amaba ese trozo de acero más que nada en el mundo, ya que era el único objeto que lo ligaba al pasado, a su padre; y sobre todo, amaba la espada porque era digna de un rey. La empuñadura y la guarnición eran de las más hermosas que había visto jamás, de un color dorado, con pequeñas incrustaciones de símbolos y runas. El pomo también era dorado, y tenía la forma de la cabeza de un fénix. La hoja era larga y el acero de gran calidad, brillante y afilado, sin un solo arañazo. Aunque tenía un tamaño mayor que una espada de una mano, tampoco era tan grande como un mandoble, y se podía esgrimir perfectamente con dos manos o con una, adaptándose a

cualquier estilo de lucha. Siempre que la agarraba con firmeza, sentía el balance perfecto de la hoja, que bailaba de una manera espectacular entre sus manos.

Con una sonrisa en los labios, entrecerró los ojos y trató de vislumbrar una última vez al hombre de su pesadilla. Tras varios segundos admitió el fracaso y se dio por vencido, diciéndose a sí mismo que la próxima vez que tuviera una pesadilla, estaría mucho más atento para conseguir vislumbrar algún otro detalle.

CAPÍTULO 1

EL FESTIVAL DE LA CERVEZA

La Provincia de Silverton era famosa por sus prados verdes, montañas altas, extensos bosques y ríos y lagos de aguas cristalinas; sin embargo, no era eso lo que atraía cada año a su ciudad a miles de personas procedentes de todos los rincones del Reino Unido de Aldaeron.

El Festival de la Cerveza, celebrado cada año a principios del otoño, era una de las mayores festividades del reino, y se extendía a lo largo de una semana llena de todo tipo de espectáculos, entre los cuales los más destacables eran indudablemente los duelos de espada, los torneos de tiros con arco, y las justas: duelos entre dos hombres montados a caballo y armados con una larga lanza de madera, que consistían en golpear al adversario para derribarlo del caballo, mientras los dos jinetes iban galopando desde extremos opuestos hasta encontrarse en medio de la liza.

Aquel año de 1457 de la Tercera Edad el festival prometía más que nunca, ya que el propio Marco Lintari, señor de la Provincia de Silverton, se había encargado de organizar los torneos y demás espectáculos, contratando a juglares, bardos, titiriteros, malabaristas y a muchos artistas más, para entretener a la gente durante el festival. Caballeros de todas partes del reino, al igual que las prestigiosas escuelas de *justadores*, habían llegado a Silverton hacía una semana, para participar en los torneos, ganar el honor y sobre todo el succulento premio de mil monedas de oro que recibía el ganador de la contienda.

Aunque antaño en los torneos de justa tan solo tenían derecho a participar los hombres de noble cuna y aquellos que ostentaban el título de caballero, las cosas cambiaron aproximadamente una década atrás. Las constantes guerras contra los orcos de Khoradmar habían mantenido a los señores y sus caballeros luchando en el sur durante muchos años; de modo que, durante algún tiempo, no se celebraron torneos de justas. Aquella situación fue tan duradera que el pueblo llano comenzó a mostrar su descontento ante la falta de espectáculos bélicos en las celebraciones importantes, y los señores entrados en edad que ya no podían participar en una guerra, ya sea por enfermedad o porque el trasero no les cabía en la silla de montar, decidieron que tenían que hacer algo, de modo que aprobaron una nueva ley en el Consejo de Justicia de Andorath, la capital del reino, que permitía a los hombres que no tenían títulos nobiliarios o caballerescos participar en los torneos.

Así fue como aparecieron las escuelas de *justadores*, normalmente lideradas por caballeros retirados que se encargaban de adiestrar a hombres dispuestos a luchar en la liza a cambio de una parte de las ganancias. El resultado fue la aparición de guerreros habilidosos en el arte de la esgrima, tiro con arco y sobre todo en las justas, el espectáculo que más gustaba al populacho. Durante muchos años, hasta que terminó la guerra en el sur, las escuelas de *justadores* estuvieron a la altura, ofreciendo momentos gloriosos de entretenimiento en los festivales de cada ciudad, castillo o pueblo del reino.

Por esa razón, cuando las guerras en el sur terminaron y los señores, junto con sus caballeros, regresaron al hogar, el rey Arnthor IV de la casa Nomenglaus en persona decretó que, a partir de entonces, las escuelas de *justadores* tenían permitido seguir participando en los torneos, y enfrentarse en la liza de igual a igual a cualquier otro participante, ya fuera noble, caballero o un hombre común. Aquello contentó aún más al populacho, pues los espectáculos pasaron de ser interesantes, a ser realmente excitantes y llenos de entretenimiento y emoción.

Lejos del bullicio de la ciudad, en el interior de una pequeña habitación de la posada conocida como el *Tejón Cojo*, Valiant se estaba vistiendo con unos pantalones de cuero y una camisa de lino. Tras engancharse el cinto con la espada y ponerse las botas, abandonó los aposentos. Había tratado en balde reconciliar el sueño tras la pesadilla que tuvo en medio de la noche, pero finalmente se dio por vencido y decidió que aprovecharía mejor el tiempo si desayunaba algo.

«Después podría dar una vuelta por la ciudad con Erik», pensó mientras bajaba las escaleras que llevaban a la planta baja de la posada. Los últimos siete años de la vida de Valiant estuvieron ligados al maestro de justas Edwin Stockdale, un caballero veterano al que le debía lealtad en pago de una deuda que su padre había contraído con él. Al morir su padre, Valiant se vio obligado a hacerse cargo de esa deuda y el único modo que tenía para pagarla era con los beneficios que conseguía luchando en los torneos para Edwin. A pesar de ello, su vida en la escuela de *justadores* no fue una fácil o agradable. Se llevaba mal con la mayoría de los hombres del adiestrador, ya fuera porque algunos de ellos le tenían envidia por ser mejor luchador -tanto con la espada como con la lanza- que ellos, o simplemente porque les caía mal desde el primer día que puso un pie allí. El único hombre que le había tratado bien fue un *hamathiano* llamado Erik, originario de la provincia de Sindoria, que se encuentra al oeste de la provincia de Silverton. Erik era cuatro años mayor que él, así que no tardaron en hacer buenas migas.

Al bajar el último escalón y entrar en el salón principal de la posada, se sorprendió al encontrar la estancia completamente vacía. Sabía que aún era muy temprano, pero normalmente a esa hora el maestro Edwin y el resto de sus hombres solían estar desayunando. Eso sin contar que, a parte de ellos, había más viajeros, caballeros andantes, comerciantes y otras personas que se hospedaban en el *Tejón Cojo*. Preguntándose donde estaba todo el mundo, tomó asiento en una de las mesas que había cerca de la puerta e hizo una señal a la posadera para que se acercara. Cuando vio a la mujer más de cerca, descubrió que en realidad era Rose, la hija de la posadera, una muchachita joven, menuda, de mejillas coloradas y sonrisa tímida. Desde el primer día que llegó para hospedarse en el *Tejón Cojo*, Valiant siempre la vio sonrojarse y bajar la mirada en su presencia. Aquel día no fue distinto.

—¿Qué desea, mi señor? —Le preguntó Rose sin levantar la mirada del suelo.

—Eh..., ¿sabes dónde está todo el mundo? —Valiant observó que la muchachita tenía las uñas mordisqueadas. Eso le provocó un extraño sentimiento de ternura.

—N-no lo sé, mi señor —le contestó ella con voz temblorosa—. De-desayunaron hace un buen rato, y de-después se marcharon todos con vuestro jefe.

—Por favor, llámame Valiant, no soy ningún señor.

—Lo-lo... siento mucho, mi señor —la chica bajó la mirada aún más, y sus mejillas estaban tan coloradas que parecían arder en llamas.

Valiant había tratado de ser amable, pero enseguida se dio cuenta de que fue un error, pues ahora la chica parecía estar muy avergonzada.

—No es una reprimenda —le dijo, tocándole ligeramente una mano para tratar de enmendar su error. Aquello fue peor todavía. Sintió a la chica estremecerse y vio cómo su piel se ruborizaba de golpe. Para no empeorarlo todavía más, decidió apartar la mano y cambiar de tema—. Tráeme un poco de pan con queso, un par de muslos de pollo, y un poco de vino, por favor.

La chica hizo una pequeña reverencia y se marchó hacia las cocinas. Al poco rato regresó con una bandeja de madera bastante grande. Colocó el plato con la comida delante de Valiant y rellenó una copa con vino, que luego dejó en el borde de la mesa.

—Q-que aproveche —murmuró.

«Gracias», quiso decirle Valiant, pero antes de abrir la boca, la chica ya estaba regresando, casi corriendo, a la cocina. «Que mujer más rara», se dijo antes de empezar a comer. Cada vez que tenía una pesadilla, a la mañana siguiente tenía un apetito sobrehumano, y aquella mañana no fue distinto. Se comió el plato entero, bebió todo el vino de la copa, y aún tenía algo de hambre, de modo que volvió a llamar a Rose para pedirle un par de empanadas de carne. Una vez terminó de comer el segundo plato y sintió el cinto apretar moleestamente su estómago, se acercó al mostrador detrás del cual la chica estaba limpiando unas copas y le agradeció la comida, entregándole cuatro monedas de plata; dos más de lo que valía la comida y el vino. Después emprendió la marcha hacia la salida. Justo en ese momento estaba entrando por la puerta un hombre alto y delgado, de pelo corto de color pardo, que iba vestido con una ligera camisa de lino a juego con sus pantalones de cuero tachonado.

—¡Erik! —Exclamó Valiant, contentó de ver a su amigo—. ¿De dónde vienes?

—Salí a tomar un poco el aire. No podía dormir.

—Sé muy bien cómo sienta eso. —Echando un vistazo a su alrededor, preguntó—: ¿Sabes a donde ha ido todo el mundo?

—Ni idea —contestó Erik encogiéndose los hombros—. Edwin los reunió a casi todos esta mañana; desayunaron y se marcharon apresuradamente. Yo fui a los establos poco después y descubrí que muchos de nuestros caballos no estaban. Le pregunté al mozo de cuadras, y me dijo que se los llevó Edwin. Que él y sus hombres abandonaron la ciudad.

«Qué raro...», pensó Valiant con el ceño fruncido, mientras se acariciaba la barbilla.

—¿Se ha llevado a todos los hombres menos a nosotros? —Preguntó, mirando a su amigo—. Eso es un poco raro, ¿no crees?

—Lo es —asintió Erik—. Aunque no puedo decir que no me alegro de que no nos haya llevado con él. Lo último que necesito es la compañía de esos malnacidos.

Valiant asintió y dio un par de palmaditas en el hombro de su amigo. Estaba totalmente de acuerdo con él. Al igual que Valiant, Erik tampoco se llevaba muy bien con el resto de hombres que servían o justaban para Edwin. Quizás por eso eran tan amigos; porque, al igual que Valiant, Erik estaba allí debido a una deuda, una cantidad

importante de dinero que le debía a Edwin. A menudo, los hombres que no podían pagar sus deudas, ya fueran de juego o por pedir préstamos, ofrecían su espada al hombre al que le debían dinero, en pago de la deuda.

—¿Te apetece dar una vuelta por la ciudad? —Se le ocurrió preguntar de repente—. Podríamos visitar la plaza, está llena de mercaderes; o la liza de justas, para ver la arena.

—Por supuesto —le respondió sonriente su amigo, después dio media vuelta y fue hacia la puerta—. De todos modos, tengo ganas de gastar unas cuantas monedas.

Erik agitó una pequeña bolsita de cuero marrón que colgaba de su cinto, y en el interior tintinearón unas cuantas monedas. Valiant sabía que había querido decir su amigo con eso, pues siempre que podía, visitaba algún burdel para pasar un rato agradable.

Con una ligera sonrisa en los labios, lo siguió al exterior de la posada. Aunque habían pasado ya varios días desde que terminó oficialmente el verano, aquella mañana los rayos del sol eran tan fuertes que podría haberse tratado perfectamente de un caluroso día de agosto. Los pájaros cantaban y los niños correteaban libremente por las calles de Silverton, mientras que algunos preferían sentarse a la sombra de algún haya con una jarra de cerveza en la mano y los pies descalzos descansando en las refrescantes y cristalinas aguas del río que atravesaba la ciudad; todo eso en medio de un ambiente de celebración y júbilo.

Por todas partes había mercaderes que habían venido de los rincones más remotos del reino, arribando a la ciudad casi una semana antes de que comenzase el festival, cargados con una gran variedad de mercancía para vender durante el periodo de festejo. Juglares y bardos entretenían a los habitantes de la ciudad desde el alba hasta el ocaso, y los marionetistas atraían a un buen número de espectadores en cada una de sus actuaciones. Valiant sabía que mientras la muchedumbre admiraba y aclamaba el espectáculo que estos ofrecían, los ladrones pasaban entre ellos, apropiándose de sus monederos. También las prostitutas aprovechaban la multitud de extranjeros para ejercer su profesión. Desde jóvenes muchachas que no tenían más de quince o dieciséis años, hasta mujeres entradas en edad, que llevaban toda su vida dedicándose al oficio. Erik las miraba a todas con lujuria, y hasta que no pasaban de largo no volvía a prestarle atención a Valiant.

—He oído rumores de que Edwin está intentando obtener un permiso para establecernos aquí en Silverton por un periodo de tiempo más largo —le comentó a su amigo, mientras se abrían paso entre la multitud.

—Francamente, no me importaría quedarme aquí una temporada —le dijo Erik sonriente.

Acababa de ver a una preciosa cortesana de cabello rubio, que llevaba puesto un hermoso vestido de seda rojo. Valiant sabía que las mujeres eran la debilidad de su amigo, y el motivo por el cual le debía una pequeña fortuna a Edwin. Desconocía los detalles de aquella historia, pues nunca se atrevió a preguntarle a Erik acerca de su pasado; pero por lo que había oído, el asunto de su deuda involucraba una pelea y cierta hermosa y joven dama por la que perdió los papeles.

—Es un lugar hermoso y tranquilo —añadió Erik, volteando la cabeza para ver alejarse a la mujer rubia—. Sin lugar a dudas.

—No me digas que ya estás harto de vivir una vida llena de aventuras y peligros —le dijo Valiant sonriente—. ¿Quizás deseas sentar la cabeza y formar una familia?

—¡Por supuesto que no! —Negó Erik enseguida, arqueando el entrecejo y agitando la cabeza—. Solo digo que éste sitio me gusta mucho. Además, ¿qué mujer desearía formar una familia con un hombre como yo, que ni siquiera sería capaz de mantenerla?

«Ya...» A pesar de las palabras de Erik, Valiant sabía perfectamente que su amigo tan sólo decía aquello para hacerse el duro, pues a cualquier hombre le gustaría asentarse y formar una familia en un sitio como Silverton, y más en el caso de hombres como ellos, que tan sólo estaban acostumbrados a los combates en la liza. En más de una ocasión, Valiant se había imaginado como habría sido su vida de no haberse visto obligado a luchar para Edwin en la liza. Seguramente, a estas alturas, se habría casado y tenido hijos, y vivirían todos juntos en una preciosa casa en algún lugar de los extensos bosques de Haddaras, pues una cosa tenía por seguro, y era que, de haber podido casarse, habría sido con Galadoriel, una preciosa muchacha elfa que conoció durante los años de su infancia; años que pasó en el reino de los elfos, la tierra de su madre.

—Digas lo que digas amigo mío —le dijo Valiant pensativo—, no hay nada malo en desear una vida más tranquila, pues cualquier vida es mejor que ésta que llevamos.

—Tú no tendrás que luchar para siempre —dijo Erik de inmediato—. Tus ganancias han ido incrementando últimamente gracias a las múltiples victorias que alcanzaste en la liza. Pronto habrás saldado tu deuda y podrás marcharte. Yo, desafortunadamente, aún tengo que seguir luchando durante varios años antes de poder saldar mi deuda. Y a menos que gane unos cuantos torneos, dudo mucho que consiga el oro antes de volverme un viejo.

—Te daría la razón si Edwin me permitiera participar en más torneos importantes —aseveró Valiant con tristeza—. Por desgracia, desde que gané el torneo del rey, celebrado el año pasado en Andorath, no he vuelto a participar en ningún otro torneo importante.

Las escuelas de justadores podían apuntar a tantos jinetes como quisieran en los torneos de justa, sin embargo, si estos perdían, quedaban eliminados y el maestro se veía obligado a entregar al vencedor la armadura y a veces el caballo del perdedor, o pagar una cantidad de oro a cambio. Por esa razón, en los torneos importantes, los maestros de justas tan sólo apuntaban a sus mejores hombres. Edwin había apuntado a Valiant en muchos torneos menores, y él ganó la gran mayoría de ellos; por esa razón cuando el rey Arnthor IV anunció la celebración de un torneo importante para conmemorar el cumpleaños de su hijo, el Príncipe Varian Nomenglaus, Edwin lo apuntó a él también. Aquello motivó a Valiant hasta tal punto que logró la victoria, impresionando a la gran mayoría de caballeros y demás *justadores* que participaron. El premio fue de mil quinientas monedas de oro, el mayor premio acordado nunca en un torneo de justa, al menos en los últimos diez años; y aunque le correspondía una cuarta

parte de la gratificación, se lo cedió entero a Edwin, diciéndole que de ese modo le quedaría mucho menos dinero por conseguir antes de dar la deuda por saldada.

—El ganador de este torneo se llevará mil monedas de oro, sin contar con las ganancias que obtendrás por vencer a tus oponentes de camino a la final —dijo Erik, parándose frente a la entrada de un gran edificio—. Con ese dinero habrás saldado la deuda de tu padre sobradamente.

—Sí, pero para eso tendría que ganar el torneo, y eso no será nada fácil. Me han dicho que han llegado los mejores caballeros de todo el reino.

—¿Y qué? —Preguntó Erik encogiéndose de hombros—. El año pasado, en el torneo del Príncipe Varian, también estuvieron presentes los mejores caballeros del reino, y bien que saliste vencedor.

—Sí, pero eso fue distinto... —Valiant hizo ademán de seguir caminando calle abajo, pero al ver que Erik no le seguía, se detuvo—. ¿Seguimos adelante?

—¿Por qué? —Su amigo señaló el edificio—. Ya hemos llegado.

Al principio no entendió que quería decir, pero al fijarse atentamente en el edificio enfrente de cuya entrada se habían detenido, lo comprendió todo. Encima de la puerta, que era doble, de roble fino y pulido, colgaba un gran letrero en el que había dibujada una doncella con la falda levantada para enseñar sus muslos.

—La casa del placer de madame Rosier. —Erik suspiró—. El mejor burdel de todo Silverton. ¡Vamos!, te invito a una ronda.

—Ni hablar... —le dijo Valiant, negando con la cabeza—. No pienso hacer nada con ninguna prostituta.

—¡Por la luz! —Exclamó Erik con exasperación—. Hace siete años que te conozco y no te he visto aún visitar un burdel. ¿Acaso no te gustan las mujeres?

—Sí que me gustan —se defendió Valiant—. Lo que no me gusta es pagar para que se acuesten conmigo. Cuando estoy con una prostituta, no dejo de pensar que la única razón por la que se acuesta conmigo es mi dinero...

—¡Porque es a lo que se dedican! —Replicó Erik con crispación—. No tiene nada de malo ir al burdel de vez en cuando. Somos hombres y tenemos nuestras necesidades. Es lo más normal del mundo.

—A mí no me gusta. Prefiero acostarme con mujeres que sé que se meten en mi cama por cómo y quién soy, y no por las monedas que tengo en la bolsa.

Erik pareció darse por vencido, pues agitó la cabeza en señal de negación, puso los ojos en blanco, y dio media vuelta para entrar en el burdel.

—Allá tú —le dijo—. Nos vemos por aquí en un par de horas.

—Muy bien —asintió Valiant—. ¡Iré a dar una vuelta por la liza! —Le gritó, pero Erik ya se había perdido de vista, y no estaba seguro de si lo había escuchado, así que decidió seguir su camino.

Las calles estaban cada vez más abarrotadas de gente, y conforme se iba acercando a la salida de la ciudad, era más y más difícil avanzar a un ritmo aceptable. Sabía que aquella situación era beneficiosa para los ladrones, quienes se mezclaban entre la multitud y furtivamente iban agarrando las bolsas con el dinero de la gente. Con una mano encima del monedero y la otra en la empuñadura de su espada, prosiguió adelante, y al cabo una caminata lenta y estresante, alcanzó el portón.

La muralla de la ciudad era muy alta y robusta, hecha de rocas de color anaranjado y ocre. Cuando pasó al otro lado del rastrillo y cruzó el puente de piedra que salvaba las dos orillas del río de Silverton, esperó ver al estadio en el que se iba a celebrar el torneo de justas, pero lo que encontró fue una imagen deslumbrante. El prado que había a la otra orilla del río, frente a la muralla oeste de la ciudad, normalmente surtía de tierras comunales a los habitantes de Silverton, pero en aquel momento el festival lo había transformado totalmente. De un día para otro se construyó una nueva ciudad, no de piedra sino de seda, casi tan grande como su hermana e igual de hermosa.

Valiant sabía que aquellos enormes pabellones eran el hogar de los caballeros más importantes del reino, que habían llegado allí en representación de las casas de nobles, grandes y pequeñas, a las que juraron lealtad. Allí también, al igual que dentro del recinto amurallado de Silverton, había un gran número de comerciantes que habían plantado sus puestos a lo largo de la orilla del río y al borde del prado, ofreciendo una enorme variedad de artículos: paños de lino, telas y sedas finas, calzado, vestimenta, cinturones, piedras preciosas, pájaros de pelaje hermoso y multicolor, objetos de metal, baratijas, plumas para escribir... Los bardos y los juglares también estaban por allí, circulando entre la multitud, presentando sus números, haciendo malabares o entonando cánticos y recitando poemas.

Nada más adentrarse entre la multitud, llegó a la nariz de Valiant el fuerte olor de las codornices, que al freírse desprendían un humo espeso y exquisito, y se le hizo la boca agua. Aunque había pasado poco tiempo desde que desayunó en el comedor del *Tejón Cojo*, pagó dos leones de plata por un buen pedazo de muslo y una gran jarra de cerveza de color tostado. Primero bebió un largo trago para refrescarse, y después empezó a devorar el muslo. La carne sabía a gloria bendita, y mientras comía se dedicó a observar de lejos el espectáculo de un par de marionetistas que empleaban los muñecos de unos caballeros de madera pintados, para escenificar una batalla contra un gigante feroz. La multitud aclamaba y aplaudía, y Valiant tuvo que reconocer que los marionetistas tenían cierto talento a la hora de mover aquellos muñecos. El espectáculo le resultó de lo más agradable, y estuvo tentado de acercarse y soltar una moneda de plata en el cuenco que tenían para que la gente les dejase dinero; pero enseguida cambió de opinión cuando vio como una muchachita, que no tendría más de once o doce años de edad, se escurría entre la multitud de espectadores y les robaba disimuladamente las bolsitas con el dinero.

«Ladrones, timadores...», agitó la cabeza con desaprobación. Aunque no estaba a favor de aquello, no dijo nada y prosiguió su camino hacia el estadio de justas. Podía vislumbrar las torres de madera que se alzaban a lo lejos, por encima de las carpas y pabellones de los caballeros. El único camino que había para llegar hasta allí era atravesando el mar de seda, y mientras lo hacía, no pudo evitar fijarse en los blasones de los nobles presentes.

Los rumores que había escuchado se confirmaron. Tal y como le habían dicho otros viajeros cuando llegó a Silverton, había caballeros de todos los rincones del reino para participar en el torneo. Podía ver el símbolo de la ciudadela, sobre un fondo de color azul celeste, de la casa Ribedwald, señores de la provincia de Sindoria y la maravillosa ciudad de Gromhildar, que antes de la Guerra de los Titanes fue la capital

del reino de Sindoria, hasta que el linaje de los Nomenglaus alcanzó el poder y el rey Valorian unificó las doce provincias bajo la bandera de un sólo reino. El cuervo sobre un fondo rojo y negro era el blasón de la casa DeMordwell, señores de la Provincia de Dunhold, situada en el lado noroccidental del reino, y Valiant reconoció el puño de guantelete cerrado de los McOrswell, señores en la provincia de Whallrim. El busto del corcel marrón sobre un fondo rojo y verde era la insignia de los Lintari; sin lugar a dudas Lord Marco había apuntado a un buen número de caballeros en representación de su casa, para honrar su nombre y la ciudad de Silverton. Valiant también vio algunos estandartes de los señores del río Dondarrión, siendo los más significativos los Lorenthal, cuyo blasón eran un mastín de color marrón oscuro sobre campo verde, y los Cersir, cuyo blasón era una barracuda atravesada por una lanza sobre campo azul marino. Estaban en el borde más alejado del enorme campamento, junto al linde del bosque, lo más lejos posible de los McOrswell, con quienes no se llevaban demasiado bien.

«DeMordwell, Telari, Richfield, Radknapp, Thorstein, Thorey, Conwell, Roadhouse, Milleroad, Connoway, Valdreth, Wedhorn...» Valiant vio las banderas de casi todas las casas de nobles existentes en el reino, muchas de las cuales conocía; otras las veía por primera vez. «Parece que no hay ningún señor importante que no haya enviado algún representante al torneo.»

Por último, casi al final del sendero, se alzaba una carpa gigantesca decorada a franjas verticales blancas y azules, en cuyo pico ondeaba la bandera con el símbolo del león coronado sobre un fondo azul, rodeado por tres flores de lis blancas. Era el estandarte de la casa real de los Nomenglaus, y aquello solo podía significar que los caballeros de la Guardia de Honor, la guardia de elite encargada de proteger al rey y a su familia, estaban presentes allí para participar en el torneo. Las únicas veces que Valiant los vio participar en un torneo fue el año anterior, en Andorath, cuando ganó, y en la primavera de ese mismo año, en el torneo de Gromhildar, donde él no pudo participar por culpa de la fiebre. En ambas ocasiones los participantes alcanzaron por lo menos las semifinales; y en el torneo de Gromhildar, *Ser Robert Westringhton* se alzó como campeón tras derrotar en la final a *Ser William Nomenglaus*, el sobrino del rey. Ambos eran caballeros de la Guardia de Honor, y Valiant quedó muy impresionado con las habilidades de combate que ostentaban.

Finalmente, tras una larga pero entretenida caminata, alcanzó ver la arena de justas. Se alzaba majestuosamente en el prado situado entre el mar de carpas de seda y el bosque de Silverton. Los hombres que construyeron aquella arena habían intentado darle toda la magnificencia posible, adornando la entrada principal con la estatua de un caballero y manteniendo los escalones de granito limpios y en buen estado. Los cimientos estaban hechos de piedra caliza, al igual que la parte baja de las gradas; sin embargo, Valiant observó que habían añadido otra fila de gradas, éstas de madera, para aumentar el tamaño y aforo de la arena. Al parecer había algún espectáculo en el interior, pues Valiant podía escuchar el griterío y las aclamaciones de la multitud, así que decidió acercarse para ver que sucedía.

Por dentro, las gradas de la arena estaban ocupadas casi en su totalidad, aunque Valiant observó que el palco señorial, donde se sentaba el señor que organizaba el

torneo, tenía más de la mitad de los sillones vacíos. Tras localizar un asiento libre entre la multitud y acomodarse en él, concentró la vista en lo que ocurría en la liza. Estaba en plena disputa la final del torneo de tiro con arco, y por lo que Valiant podía apreciar, tan solo quedaban tres participantes en competición. Las dianas a las que tenían que disparar estaban colocadas a más de cincuenta metros, y los competidores se disponían a comenzar la prueba. Todos iban vestidos con ropas de cuero, por debajo de un tabardo en el que cada uno lucía el blasón de la casa a la que pertenecía. Valiant reconoció el trébol de oro del blasón de los Richfield en el pecho de uno de los competidores. Era un hombre alto, de unos veintitantos años de edad, delgado, de miembros largos, cejas delgadas, pelo moreno y barbilla afilada. Desconocía su nombre, pero su pose y su aspecto le indicaban que era un muy buen arquero. Los otros dos participantes eran más bajitos y algo más corpulentos. En el pecho de uno lucía la araña, que era el símbolo de una escuela de *justadores* llamada *Arácnidos*, mientras que en el pecho del otro estaba el símbolo de la cruz al revés y en llamas, que Valiant sabía que era el blasón de Morvin Darnket y su escuela de *justadores*. Conocía a ese hombre porque el maestro Edwin lo odiaba y siempre competía con ardor contra su escuela en los torneos en los que coincidían. Aunque las escuelas de *justadores* aparecieron con el fin común de entretener a la gente en los torneos de justa, con el paso del tiempo aparecieron rivalidades y disputas por la supremacía, que fueron alimentadas por el clamor popular y los succulentos premios.

«Edwin no estará nada contento al saber que Darnket está aquí», pensó Valiant, «y mucho menos cuando sepa que uno de sus participantes ha llegado a la final del torneo de tiro con arco.» El primero en disparar fue el participante de la casa Richfield. El hombre iba armado con un arco largo, hecho de tejo, muy resistente y flexible. Sus flechas eran también bastante largas, hechas de fresno y con puntas de hierro. Cuando la primera flecha alcanzó la diana, golpeó casi en el medio, con una ligera desviación, y no tardaron en hacerse escuchar las aclamaciones de las gradas.

—*Ser* Lancelor ha hecho un disparo certero. Será difícil de superar.

—Desde luego, aunque los otros participantes son muy diestros.

Las voces de los dos hombres sentados a la derecha de Valiant captaron su atención. Tenía la sensación de que les conocía, así que miró hacía ellos. Su sorpresa fue enorme cuando vio el rostro caballeresco, con prominente barba negra, media calvicie, ojos oscuros y cejas pobladas de *Ser* Robert Westringhton. Le acompañaba *Ser* Danton, de la casa Telari; un muchacho menudo, más joven que él, de pelo castaño, ojos marrones y cuello alto. Por un segundo la mirada de Valiant se cruzó con la de *Ser* Danton, y éste último creyó que los estaba espiando.

—¿Por qué nos miras así, plebeyo? —La voz de *Ser* Danton era ruda y muy poco cortes. *Ser* Robert se fijó también en Valiant.

—Perdonadme si os he ofendido —les dijo Valiant en un tono de voz cordial. Lo último que necesitaba era una disputa con un caballero—. Escuché la voz de *Ser* Robert y me pareció familiar.

—Un momento —dijo de repente *Ser* Robert, acariciándose la barbilla—. Creo que te conozco. Eres Valiant, el que luchó por la escuela de justadores de Edwin Stockdale y venció en el torneo de justas de Andorath; el verano pasado.

Aquella hazaña había maravillado a muchos hombres de todos los rincones del reino, pero a Valiant le sorprendió muchísimo que aquel caballero de noble cuna le reconociera más de un año después.

—Así es, mi señor —admitió Valiant sonriente—. Aunque ha pasado un tiempo desde aquello, para mí ha sido la victoria más grande de toda mi vida.

—Lamento haberte hablado de un modo tan poco cortés —dijo *Ser Danton* a modo de disculpa, aunque su voz seguía siendo bastante fría.

—No os preocupéis, *Ser*. Yo tampoco os debería haber acosado con la mirada del modo en que lo hice.

Abajo, en la liza, tras *Ser Lancelor* de los Richfield, el próximo que se preparaba para disparar era el representante de la escuela de justadores de los *Arácnidos*. Al igual que su predecesor, iba armado con un arco largo, aunque no era de madera tan fina y preciosa como el arco de *Ser Lancelor*. A pesar de ello, logró un disparo de lo más certero acertando en la flecha del caballero. Aquello significaba que, sí el próximo participante no le daba exactamente en el centro, *Ser Lancelor* y el *arácnido* debían volver a disparar para el desempate.

—Magnífico disparo —declaró *Ser Robert*, aplaudiendo enérgicamente—. ¿Vas a participar en el torneo de justas, Valiant?

La pregunta le tomó por sorpresa, pero respondió con firmeza en la voz.

—Sí, mi señor. Mi maestro Edwin nos ha apuntado en el torneo a mí a otros cinco participantes de nuestra escuela.

—Es un número bastante elevado de participantes para una sola escuela de justadores —comentó *Ser Robert*, mientras veía al último participante entrar en la liza, preparado para hacer su disparo—. Tres más que los que tú maestro apuntó en el torneo de Gromhildar, celebrado esta primavera. Aunque no recuerdo haberte visto participar allí.

—Estaba enfermo. Tenía la fiebre. Los galenos dijeron que no iba a sobrevivir, pero los dioses fueron misericordiosos y pude recuperarme por completo.

—Les doy las gracias a los dioses —murmuró *Ser Danton*—. Habría sido una lástima perder a un justador tan valeroso como tú.

Valiant supo reconocer el sarcasmo en el tono de voz del caballero, aunque sonrió e hizo un gesto de agradecimiento, para darle de entender que no había captado la mordacidad.

El participante de Morvin Darnket estaba ya en posición, preparado para disparar. Al contrario que sus oponentes, iba armado con una ballesta en lugar de un arco. La flecha era mucho más pequeña; aunque al dispararla, voló a una velocidad de lo más espeluznante, cortando el aire con un silbido sonoro y fugaz. Golpeó justo en el medio de la diana, aunque el impacto fue tan brutal que la mitad de la saeta se hundió en la madera. Los jueces del torneo compararon los tres disparos y de inmediato proclamaron ganador de la final al participante de Morvin Darnket. Las gradas enloquecieron, se pusieron de pie, aplaudieron y comenzaron a aclamar al campeón.

—Una ballesta perfora corazas —murmuró *Ser Robert* reflexivo, mientras el vencedor saludaba al público—. Es un arma muy certera y potente, aunque difícil de

manejar. Normalmente los participantes prefieren los arcos para éste tipo de torneos. En cualquier caso, ha sido un disparo espectacular.

—Está claro que el ganador del torneo maneja la ballesta con mucha maestría —apuntó *Ser Danton*. Sus ojos fríos seguían el recorrido que hacía el nuevo campeón—. Tengo entendido que es el hijo de *Morvin Darnket*.

—Bastardo más bien —le corrigió *Ser Robert*—. Su nombre es *Rendro*, sin apellido.

—Mi maestro *Edwin* y *Morvin* no se llevan muy bien —les comentó *Valiant*—. Pasó algo entre ellos hace muchos años y desde entonces se odian a muerte.

Los tres finalistas se colocaron en fila frente al palco señorial, donde supuestamente *Lord Marco Lintari* debería estar para premiar al vencedor. En su lugar, hizo los honores su hija, *Lady Aeryn*, una doncella que debía rondar los veintidós o veintitrés años de edad, según había oído *Valiant*. Su tez era rojiza y tenía mirada de gacela. El pelo castaño rojizo estaba recogido en un moño muy elegante, dejando sueltas un par de trenzas a ambos lados de la cabeza. El vestido era de seda y terciopelo azul marino, que resaltaba la estrechez de su cadera y el volumen de sus pechos. Salvo *Ser Lancelor*, quien se comportaba como un verdadero caballero en presencia de la dama, los otros dos no paraban de mirarla con descaro, y *Rendro* sonrió de un modo de lo más desagradable cuando la chica le entregó un trofeo de oro, con forma de arquero. Los otros dos recibieron trofeos idénticos, aunque de menor tamaño.

En cuanto terminó la ceremonia de entrega de los premios, la gente se puso de pie y empezó a abandonar las gradas de la arena. El torneo de justas empezaba aquella misma tarde, por lo cual aún faltaban bastantes horas, tiempo suficiente para que los espectadores hicieran unas cuantas visitas a las tabernas.

—Ha sido un placer hablar contigo, *Valiant* —le dijo *Ser Robert*, tendiéndole la mano. *Valiant* se la estrechó—. Espero verte en el torneo.

—Sería un honor justar contra vos, *Ser* —le dijo *Valiant*, tras soltarle la mano—. Os deseo un buen día.

—Igualmente.

Ser Robert se marchó hacia la salida.

—Adiós —dijo *Ser Danton* con voz fría, antes de seguir a *Ser Robert*. *Valiant* se limitó a inclinar ligeramente la cabeza y forzar una sonrisa.

«Menudo hombre más despreciable...», musitó entre dientes. Aunque había escuchado hablar acerca de *Ser Danton* e incluso le había visto justar en unas cuantas ocasiones, conocerlo en persona no fue para nada agradable. *Ser Robert* parecía un hombre amable, respetuoso; algo orgulloso, como cualquier caballero que se respeta, pero buena persona por encima de todo. En cambio, *Ser Danton*... El caballero le mostró el lado más perverso y poco agradable de un noble. Por supuesto *Valiant* había conocido a gente peor; pero lo que no comprendía, era cuál había sido su pecado para provocar una reacción hostil por parte de *Telari*.

Tras decidir que no valía la pena seguir atormentándose con pensamientos que no le llevaban a ninguna parte, emprendió el camino de vuelta a la ciudad. A estas alturas *Erik* debería haber terminado sus asuntos en la casa del placer, y sería una buena idea regresar al *Tejón Cojo*, antes de que lo hicieran *Edwin* y sus hombres.

Cuando alcanzó el burdel de madame Rosier, encontró a su amigo sentado en las escaleras de la entrada, con la camisa a medio cerrar y el pelo revuelto.

—¿Hace mucho que terminaste? —Le preguntó Valiant sonriente.

—Unos minutos tan solo —contestó Erik, devolviéndole la sonrisa—. ¿Qué tal por la liza?

—Bien. Pude ver la final del torneo de tiro con arco. Ha ganado Rendro, el bastardo de Morvin Darnket.

—¡Vaya! Eso no alegrara mucho a nuestro ilustre maestro Edwin. —Erik enseñó los dientes, al mismo tiempo que soltaba una carcajada sonora—. No hay nada que le enfade más que el éxito de su mayor enemigo. ¡Ja!

—¿Cuánto has bebido?

Por la forma que tuvo de mirarle, Valiant comprendió que su pregunta había indignado a Erik.

—Solo un par de copas de tinto veraniego, nada más.

—Seguro que sí. Venga, será mejor que vayamos regresando a la posada. A estas alturas Edwin debe de estar de vuelta.

—¿Crees que venceremos hoy en las justas? —Le preguntó Erik, mientras se ponía de pie para caminar a su lado.

—Igual que siempre, hermano. Igual que siempre.

—Es un alivio que los combates a muerte estén prohibidos.

—Sí; pero a pesar de ello, a veces ocurren accidentes. No deberías beber tanto faltando pocas horas para que comience el torneo.

La reprimenda de Valiant surtió efecto en Erik, quien se puso serio repentinamente.

—No te preocupes, no fallaré. A ese viejo bastardo y sediento de sangre tan sólo le importa su propio bienestar y ver sus arcas rellenas a rebosar con monedas —dijo Erik refiriéndose al maestro Edwin—. No conoce el honor ni el respeto, solo la astucia y aprovecharse del momento; pero no podrá con nosotros. Tú y yo Valiant, juntos conseguiremos nuestra libertad. Juntos empezaremos una nueva vida.

—Cuidado al decir esas palabras, amigo mío. Si llegaran a los oídos de Edwin, no dudaría en acabar con tu vida.

—Lo sé —asintió tristemente Erik—. Lo único que compite con su codicia es su falta de piedad.